

## El Académico D. Francisco Jiménez Rojas

(Apuntes para su necrología.)

**C**UANDO Paco Jiménez Rojas ingresó en la Academia, pareció que había entrado en ella un aura de la calle. Aquella su figura atrayente, llena de simpatía, y graciosa en su atuendo castizo, venía—tras de recorrer admirado, todos los recovecos de la historia de la Ciudad—de fustigar el desdén de las gentes por las olvidadas grandezas, de hacer sentir el trallazo de sus crónicas volanderas, con sus gotas de causticidad a veces, pero siempre inflamadas de un ardoroso amor a Toledo, y siempre trazadas con fina elegancia. Para que viniera, para que su rebelde independencia se dejara captar por esta disciplina académica, tan suave sin embargo, tan grata como calumniada por los sempiternos descontentos, fué preciso atacar su punto vulnerable: su calidad exclusiva de periodista activo, que va tras la actualidad para sorprender su minuto interesante, y de periodista cultísimo que en su labor diaria hace un alto de vez en cuando, para enviar a su periódico una crónica erudita, modelo de limpia y galana prosa.

Porque sobre toda otra condición, la suya primordial fué la de periodista. Su escapada única a la novela dejó revelado que llevaba en la entraña su afición a ese arte menor en que la espontaneidad es su perfil preferente. En los capítulos de «Los que triunfan», en que nos muestra su sentido de la forma, su sentido estricto de la realidad y su estética costumbrista; en los capítulos que más se parecen a artículos de periódico, es donde se revela su maestría.

Fué ante todo y sobre todo periodista, y se ufanaba de

llamarse periodista provinciano: y lo era, sí, pero con la alta jerarquía del vocablo, como exaltación de un fervor localista, que por ser inspirado por Toledo, más da que quita categoría. Canta sus glorias o exhuma sus dormidos recuerdos, cuando no abomina de la ingratitud de los hombres que no los redimen del olvido en que yacen. Y así (para seguir algunos de sus trabajos fugaces) nos hace evocar en uno la visión de colmena de aquel Toledo, emporio de la seda, con sus quince mil telares, sabiamente regidos por la Ordenanza del Gremio, cuando enriquecían el tesoro de la Catedral con sus tapices de maravilla. Así, nos muestra en otro el panorama de los cigarrales, «mitad huertos y mitad jardines», lozanos y ubérrimos cuando Toledo era el centro del mundo, ruinas gloriosas hoy, como tantas de la Ciudad; salvo algunos que recobran su pasada opulencia por el buen gusto de sus próceres dueños. Así, apunta más allá el fino contraste de salvar de un pasado de oprobio la Cárcel de la Hermandad, donde la Inquisición tuvo su asiento, para convertirla en residencia de pintores y poetas, que vengan sedientos de arte y espiritualidad. Así, en fin, reivindica para las generaciones actuales, la memoria de aquel brujo, nigromante y alquimista Marqués de Villena, víctima de la incultura de su tiempo, y para quien la Ciudad no ha tenido un piadoso recuerdo.

Pero si hubiera que acusar de algún modo los trazos más vigorosos de su carácter, yo lo haría destacando su admiración por dos personalidades opuestas, de encendida prosa pia para su corazón: el altísimo poeta Gustavo Adolfo Bécquer y el comunero Juan de Padilla.

El dulce poeta había sabido remover en su espíritu las esencias románticas de su vivir triste y enfermizo. Rimaban bien, en efecto, la inspiración sentimental de las Rimas con la tristeza escondida que fué minando lentamente su juventud, hasta dar con él en ese mar que es el morir. Algunas noches, en la apacible plazoleta, bañada en luz de plata, propicia el alma a las confidencias, se mostraba adolorido y roto, vencido por las miserias de la realidad, y refugiaba su espíritu en la evocación del poeta, que por los caminos del mis-

terio y la melancolía, llegaba a su corazón para herir sus fibras más sutiles.

Pero cuando los afanes del vivir cotidiano desvanecían en él su triste melancolía, se mostraba el hombre fuerte, seguro de sí mismo, que tiene siempre un gesto altivo para abominar de toda injusticia; y su lanza, que es su pluma, dispuesta siempre está a romperse en defensa de los oprimidos, de los que han hambre y sed de libertad, contra todas las tiranías.

Y entonces surgía en su mente el gran Comunero, héroe aun incomprendido, desaparecido casi del recuerdo de estas gentes de hoy, y, asimilándose su espíritu, busca el contacto con la pequeña realidad política, y preconiza un liberalismo exaltado y defiende las formas más avanzadas, más progresivas del gobierno del Pueblo por el Pueblo, en pugna con el influyente medio tradicional que domina la Ciudad. Y, cosa extraña: es tan sincera, tan humana, tan caballerosa su actitud siempre, que encuentra, por doquiera, entusiasta adhesión, y sus amigos están en todos los campos, y todos, de la extrema derecha a la extrema izquierda, tienen para él un cariñoso respeto.

Y es que el hombre valía más que el escritor y el periodista. Pero el hombre ¡ay! marcado estaba por el dedo de la fatalidad para que no llegara la sazón de sus frutos. Su vida interior atormentada no espera otro descanso que la muerte, y la muerte es ya su obsesión. Y la llama, la enamora y, con arrobamiento místico, va preparando, día a día, el abrazo nupcial que ha de enlazarlos eternamente. Y una tarde de septiembre, en que el otoño se acerca ya cantando el triunfo de la vida, su mano temblorosa empuña el arma suicida, y aquel hombre bueno cae con su corazón hecho pedazos. Su último pensamiento ha sido para sus hijos.

**Calixto Serichul.**

Numerario.

## D. Pedro Vidal y Barba.

EN estas breves líneas, ofrendamos el más sentido recuerdo a la memoria del que fué Ilustre Académico de esta Corporación, D. Pedro Vidal, que hasta mediados del curso pasado, dedicó sus afanes a las tareas de investigación y estudio de los tesoros artísticos de Toledo.

Por desgracia, poco tiempo ha estado entre nosotros; en 8 de diciembre del año 32, tomó posesión de su cargo de Numerario, con la presentación y lectura de su magnífico trabajo sobre el «Transparente de la Catedral», y el 3 de marzo de 1934, falleció, pocos días después de haber leído en sesión ordinaria otra Memoria también de gran valía, como es la relativa a las lápidas sepulcrales metálicas de la Catedral Primada.

Ni su avanzada edad, ni su delicado estado de salud, fueron obstáculo para que desplegara sus actividades y clara inteligencia, en el cumplimiento de su deber como Académico. Asistió a casi todas las sesiones con su puntualidad acostumbrada y aceptó afablemente cuantas Comisiones o servicios le encomendó la Dirección. Concienzudo detallista, observador sagaz y técnico documentado, supo redactar sus trabajos con una meticulosidad y precisión de lenguaje extraordinarios.

En su discurso de ingreso, es precisamente donde se revela su carácter y temperamento como Artista y como Arquitecto; en la tesis documental, analiza, detalla, puntualiza, coordina y compara, con una lógica admirable y un bagaje técnico, sólido. Comenta críticas de los más famosos autores e interpreta juiciosamente los simbolismos de la hermosa obra de Narciso Thomé. La elección del tema, supone un acierto y una valentía, por tratarse de un asunto tan discutido, como elemento decorativo del templo gótico. En toda su disertación, demostró el Sr. Vidal una erudición

y serenidad de criterio admirables, fruto de muchos años de estudio y observación.

En la antigua Revista de Arte «Toledo», fué uno de los más inteligentes colaboradores en el año 1889. Son dignos de recordación sus artículos sobre arquitectura latina, en los que hace un notable enjuiciamiento del arte arquitectónico nacido en la fusión de los pueblos germanos, con la civilización romana. En tales escritos se dedica al estudio de los monumentos erigidos por el pueblo visigodo, comentando su arte y valor histórico.

Describe los monasterios, basílicas, murallas, pretorios, torres, etc., establecidos en Toledo; analiza su arquitectura como el lenguaje más expresivo de los pueblos que indica su estado material e intelectual. La colección de artículos periodísticos, constituye una labor de gran mérito.

Su trabajo póstumo fué la Memoria relativa a las lápidas metálicas sepulcrales de la Catedral primada, que es el único dedicado a tal materia, y como en todos ellos, el Arquitecto Sr. Vidal, expuso una vez más su amor a nuestra Academia, presentándonos el fruto de sus continuos desvelos.

Obtuvo el título de Arquitecto en 1882, y a partir de esta fecha, hasta su muerte, realizó muchas y valiosas obras. He aquí algunas notas entresacadas de su Hoja de servicios:

En la Sociedad cultural «El Fomento de las Artes», de Madrid, ejerció el cargo de Director de estudios y profesor de dibujo. Ejecutó un proyecto de escuelas en Alhama de Granada.

En agosto de 1888 fué nombrado Arquitecto municipal de Cáceres, cuyo cargo desempeñó hasta 1890, en que fué nombrado, por concurso, Arquitecto municipal de Salamanca, en cuya población trabajó hasta 1904, en que vino a Toledo, por constituir una ilusión el vivir en esta histórica ciudad. Durante la estancia en Salamanca realizó numerosas obras, tanto oficiales como particulares. También fué Arquitecto diocesano de Salamanca y Zamora; ejecutó una reparación de las bóvedas de la Catedral de Granada, etc.

En Toledo continuó trabajando en arquitectura e investigación histórica; perteneció a diversas Sociedades, en las

que desempeñó siempre sus cometidos con el mayor celo e inteligencia. Fué vicepresidente del Ateneo de esta Ciudad en 1915; secretario de la sociedad de seguros «La Toledana» desde 1914 a 1919; más tarde se le nombró Arquitecto-técnico de dicha sociedad, cuyo cometido desempeñó hasta su fallecimiento.

En el año 1915 obtuvo, por votación, el cargo de Concejal del Ayuntamiento toledano, el cual ejerció con el amor y celo característicos en su persona.

En 1917 ingresó en el cuerpo de Arquitectos de Hacienda hasta 1922, en que fué jubilado.

Habilidoso coleccionista, reunió numerosos documentos y objetos, que luego regaló a diversos Centros; al Museo de Infantería, una colección de planos de poblaciones, batallas y sitios; al Museo Arqueológico, una tinaja mudéjar, un capitel gótico, una colección de reproducciones de camafeos, medallas de bronce, etc. A la escuela de Artes y Oficios, un molde bizantino; al Instituto de segunda enseñanza, una rica colección de minerales.

Obtuvo medallas en varias exposiciones por sus trabajos arquitectónicos. La Sociedad Económica de Amigos del País, en 1887, le concedió un accésit por su proyecto de casas para obreros, y una medalla de oro por el proyecto de monumento a Juan de Padilla.

En 1896 le fué concedida medalla de plata en la exposición de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Salamanca, por un estudio sobre la Catedral vieja.

Estas y otras muchas distinciones honoríficas prueban cómo, en su larga vida, fué un modelo de actividad constante, desenvuelta por una inteligencia notable con caballerosidad sin límites.

En nuestra Academia quedará perdurable el recuerdo del compañero que nos dió buen ejemplo de laboriosidad y amor a Toledo.

**Alfonso Rey Pastor,**

Numerario